

HISTORIA DE UNA FIDELIDAD

RAMÓN JIMÉNEZ MADRID

No suele ser habitual en la siempre compleja República de las Letras, lugar más de odios y espinas que de afectos y afinidades, encontrar tal grado de afirmación entre dos poetas de distintas promociones literarias, entre un maestro –Gerardo Diego– y un alumno aventajado como lo fue José Hierro¹. Bien es cierto que ambos proceden del tronco cantábrico y de la tierra santanderina, que tienen, pese a sus diferentes creencias e ideologías, lugares comunes –sea la pintura o música– pero no deja de ser sorprendente que durante muchos años prevalezca la admiración, el respeto a la obra literaria, la curiosidad por llegar al fondo de la misma, un afán de apurarla e interpretarla tras haberla gozado. Sin que aparezca sombra alguna en ningún momento, condición difícil de obtener si tenemos en cuenta que en ocasiones ambos han penetrado en los aspectos literarios, en la trayectoria, en motivos personales y en la justificación del poeta aunque, resulta lugar común en ambos, acudir al primer encuentro provinciano, cuando Pepe Hierro, acompañado del malogrado Manuel Hidalgo, acude a una conferencia recital de Gerardo Diego y le llevan más tarde a su casa, junto a la bahía de Santander, un libro que habían compuesto para él exclusivamente, una primera entrevista que es sitiada desde las dos posiciones en diversas ocasiones.

Francisco Javier Díez de Revenga, uno de los máximos especialistas en la llamada, para bien o para mal, Generación del 27, se ha encargado de recuperar, tras poner de acuerdo a las dos familias, todos los trabajos, papeles, críticas, que se han cruzado entre ambos poetas y publica inicialmente, tras su corto pero jugoso prólogo, cuatro en los que el maestro se expresa acerca del autor de *Cuadernos de Nueva York*. En ellos se aprecia la vigilante atención que siempre le ha hecho el autor de *El romancero de la novia* a José Hierro, la alegría que le proporciona su crecimiento como poeta, y advierte de la riqueza, frescura, fortaleza y el ritmo que siempre ha acompañado la poesía del poeta de la Generación del Medio Siglo. Gerardo Diego

¹ Gerardo Diego-José Hierro, *Cuaderno de amigos*, Edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Devenir Ensayo-Fundación Gerardo Diego-Centro Cultural de la Generación del 27, Madrid, 2005.

marca la calidad humana del joven poeta, el manejo que hace del eneasílabo, el empuje, los valores musicales y menciona el desbocamiento y su antítesis, la suavidad, en una de sus breves pero sentidas palabras sobre Hierro. Resulta obvio decir que el maestro se mantiene en líneas objetivas pero cariñosas, académicas pero cercanas, mientras que Hierro, con ese vitalismo y franqueza que siempre le ha acompañado, llega a decir en “Entrañable Gerardo” que “le debo casi todo”.

16 son las notas, referencias, críticas, evocaciones o recuerdos –algunas de ellas recurrentes– que José Hierro hace del maestro desde que leyera la antología del 32, desde que se acercara a sus primeras composiciones, hasta mucho más allá de la muerte de Gerardo Diego. Comenzando desde la admisión de su reconocimiento como maestro, de quien le ha enseñado los caminos del arte poético, hasta composiciones en las que entra a fondo en la interpretación de la poesía bifronte de Gerardo Diego, hasta el punto de penetrar en senderos dolorosos como el no reconocimiento completo que se le ha concedido tanto en la historia de la literatura como entre las nuevas promociones poéticas, extremo éste en el que se desmarca Pepe Hierro, autor que siente –y sabemos de sobra de su sinceridad y su ética– debilidad desde que validara las imágenes y las metáforas de Gerardo Diego, el ritmo, la sonoridad, la adjetivación insólita, la variedad, su maestría, –en algún momento llega a indicar que lo peor de Gerardo nunca solicita clemencia– la diversidad de los temas, su afán lopesco de cantar tanto lo trascendente como lo insignificante, lo grande y lo mínimo. Alaba en los diversos trabajos su agudeza crítica, su manera sería de encarar el creacionismo, la claridad y su humor, su insaciable curiosidad por lo nuevo y por los nuevos, su versatilidad, y desciende a motivos estrictamente personales, tales como que él aprendió a desentrañar, leyendo a Gerardo, las complejidades técnicas, los hallazgos expresivos, los recursos de un oficio asombroso. Son muchas las cuestiones que aborda José Hierro, casi todo un tratado, en torno a la obra literaria de Gerardo Diego. Nada le resulta ajeno, desde la falta de dogmatismo y su timidez hasta la capacidad de entusiasmarse por corrientes artísticas muy diversas.

De esta mirada, entre amistosa, distante y sincera, trata de sintetizar José Hierro los contrarios de su maestro. La capacidad de Gerardo Diego para hermanar aventura y orden, seriedad y juego, un esfuerzo por situarle por encima de la medida que se le ha concedido. Para sacarlo del virtuosismo en el que se le había anclado, para situarlo entre las muchas realidades que el poeta vivió, como si pretendiera, tras concederle los primores del oficio, entregarle las claves y los secretos de la poesía. Un testimonio doble que nos permite, tal como hemos indicado, seguir las trazas o la historia de una fidelidad, de una amistad que nunca admitió sombras.